



Música

Tarde explosiva

POR Teobaldos

EUSKADIKO ORKESTRA

Director: Roderick Cox. **Programa:** Lyric for Strings, de George Walker (1922-2018). Doctor Atomic Sinfony de John Adams (1947). Danzas sinfónicas de Rachmaninoff. Ciclo de la orquesta. Baluarte. 14 de marzo de 2023. Lleno.

El séptimo concierto que la orquesta de Euskadi trajo a Pamplona comenzó con una corta y serena obra de George Walker, *Lyric for String*, a modo de lamento y desahogo emocional por la muerte de su abuela. Un adagio (al estilo del famoso de Barber), que la orquesta y el titular de la velada amasaron, cariñosamente, con una cuerda de tupida frondosidad, tanto en la sección de graves, sosteniendo la emoción, como en la aguda, elevándola. Todo bajo el control del

estupendo director de la velada que, con su amplia envergadura, su decidido gesto, –austero, por otra parte–, y el magnífico planteamiento que hizo de esta y el resto de las obras, le dieron protagonismo merecido en el concierto. Sin quitar mérito al resto de músicos, que se mantuvieron, absolutamente, dentro de su autoridad.

Pero esta primera obra no era más que la calma que precede a la tempestad, porque la sinfonía *Doctor Atomic* de Adams (sobre todo), y las “anzas sinfónica de Rachmaninoff, que completaban el programa, nos llevarían a explosiones sonoras inusitadas. Efectivamente la sinfonía que John Adams (prolífico músico en temas para visuales) elabora a partir de su ópera del mismo título, es un intento de trasladar al oyente el desasosiego ante los peligros de la explosión atómica. Hay un tratamiento extremo –y muy comprometido para los profesores de la orquesta– de la percusión y de los metales; como es de suponer en un concepto onomatopéyico del tema; pero esa inquietud se traslada, también, a la cuerda, tratada de modo frenético en un ostinato repetitivo (algo hay del movimiento minimalista) que inquieta. La cuerda sonó muy poderosa. Todo ese caos viene a contrastar (y destruir) los sentimientos y paisajes

muy hermosos que, también, se narran, por ejemplo, la magnífica aria de trompeta (como una balada de trompeta), felizmente fraseada por el solista. Otros solos a destacar, fueron los de la tuba, -espectacular-, trombones, trompas... que sonaron, también magníficos. A Roderick Cox cupo el mérito de elegir el tempo apropiado para que esta partitura –endemoniada en cambios de ritmo– llegara a buen puerto, y todo el mundo se luciera. Cox, ya desde su salida a escena, calmamente, pero con firmeza, lució siempre decisión y, a la vez, elegancia. Toda la música fluye en torrente, pero no da la sensación de correr, como suele ocurrir en muchos directores jóvenes. De ahí que las Danzas sinfónicas de Rachmaninoff, fueran otro éxito de versión. En el primer movimiento no pierden fuelle los conglomerados sonoros de toda la orquesta, insiste en su rotundidad; luego contrasta y llena de nostalgia el tramo de la cuerda que evoca la atmósfera musical rusa. El tiempo de vals del segundo movimiento es marcado, pero sin remilgos; no es un vals cortesano, es más bien melancólico. De nuevo manda el tempo, tan bien elegido. En el final, no escatima en grandes sonoridades –es americano– pero muy bien controladas. Se le aplaudió como a pocos directores. ●

